

Materia / **Geopolítica**

## El país que le teme al mar

Un viaje por el vasto paisaje marítimo del Sur ilumina sobre los tesoros que sacrificó la Argentina al construir un país agropecuario en desmedro de sus aguas. La "argentinización" de los kelpers antes de 1982 pese a décadas de usurpación. Malvinas, enclave estratégico hacia la Antártida.

Por **LUIS FRONTERA\***

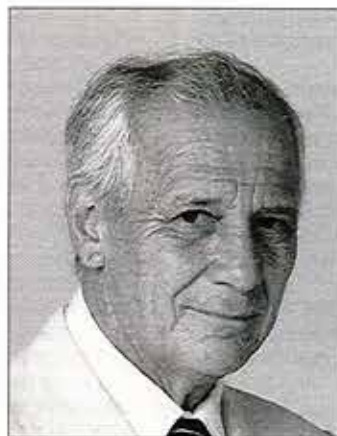
**E**n 1776 la partida se inició con una inteligente apertura a cargo de Carlos III (con piezas blancas), que fundó el Virreinato del Río de la Plata. El rey de España, un ilustrado lector de Leibniz, ubicó a Buenos

Aíres en la desembocadura del Plata "para impedir que naciones extranjeras, como la Inglaterra, tomen posesión de las costas patagónicas o de sus islas cercanas".

Pero Inglaterra se tomó su tiempo y, advirtiendo más tarde la falta de forma de la joven Argentina, movilizó su ejército de ébano con un gambito de Reina. Y sitió al rey blanco. Dos jaques seguidos: un Día de los Inocentes (28.12.1831), la fragata "Lexington" de la Armada de los Estados Unidos, saqueó Isla Soledad y destruyó sus defensas. Y el 3 de enero de 1833, a bordo de la corbeta "Clío", Inglaterra se apropió de las Malvinas.

José María Pinedo, defensor argentino, al mando de la "Sarandí", se rindió sin quemar un tiro. Y adujo que nueve de sus 26 soldados no podían combatir pues estaban estaqueados por rebeldía.

A partir de estas referencias básicas, el autor intentará desarrollar una historia de observaciones personales, con antecedentes obtenidos in situ, para exponer finalmente



el tema de discusión.

Y uno de los datos iniciales que la memoria trae desde el Sur, es el de la primera vez que vi a Nicholas Ridley. Fue en julio de 1979, en el pasillo de un Fokker F-27 de LADE (Líneas Aéreas del Estado), que mantenía dos vuelos por semana a Puerto Argentino. Este ministro del gobierno inglés, graduado en Oxford, había sido enviado para explicar a los kelpers, entre otros puntos, que el propósito que postulaban, de instalar una fortaleza en las islas, era inviable por razones de costo.

Vestía traje oscuro y llevaba un clavel rojo en la solapa. Saludó a los periodistas y le pedi una entrevista. "Morning talk, but not politics" (Mañana hablaremos, pero no de política), dijo. Y su voz glacial se disolvió en el aire, como si fuera el humo del hielo seco.

Desde el aire observé las islas y recordé un libro de lectura de la primaria: "Un hermoso archipiélago, con exuberante vegetación, clima sano y millones de ganados" (Torres Ibañes). Pero al pisar Malvinas hubo un efímero desencanto: Sobre la tundra no crecía ni una flor. Ni un árbol. Sólo estaban las piedras heladas y el océano.

Al ver el prodigioso Atlántico Sur no pude dejar de pensar en el Atlántico Norte: por el Sur pasaba entre el 7 y el



## CLASES MAGISTRALES

16 por ciento del comercio mundial (2000 barcos por año). Por el Norte, 25 mil buques anuales y el 80 por ciento del petróleo mundial. El Sur, custodiado por el TIAR (Tratado Internacional de Asistencia Recíproca) no había costado nada (la "Alianza para el progreso"). Y el precio de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) había sido el Plan Marshall: 50 millones de dólares fuertes, de los de 1946.

Pero la primera sorpresa fue comprobar que, además de LADE (el aeropuerto era inglés, pero el personal argentino), Malvinas consumía Gas del Estado, usaba combustible de YPF y esperaba la llegada del Automóvil Club Argentino.

Y la segunda fue observar una milagrosa aptitud de los kelpers: sabían disolverse en el aire. Hablaban español pero, si se trataban ciertos temas, de golpe sólo sonreían y no estaban más.

**REDOBLES DE MEMORIA.** En la avenida costanera había (hay) un espantoso monumento con un letrero: "100 años de posesión de las islas: 1833-1933". El texto no sólo admite que fueron ocupadas sino que, además, las crónicas de entonces indican que el siglo de usurpación fue festejado con doma de potros y carreras cuadreras.

Charles Darwin, en su paso por las islas (marzo de 1833), había expresado su admiración por el gaucho. Y 146 años después advertí que los kelpers sólo llamaban a sus caballos con nombres criollos (zaino, colorado, tordillo). Decían cincha, usaban apero criollo y no montura inglesa, y hasta se veían abuelos kelpers que tomaban mate con bombilla.

Estaba en las islas el vicecomodoro Eduardo Canosa, a cargo de la llamada Comisión Consultiva Especial, encargada de armonizar la relación argentina con los isleños. Este aviador era de esos hombres que uno imagina pensando lo mismo cada mañana: "He despertado aquí. Estoy donde quiero estar". Al preguntarle cuánto costaba asistir a los kelpers, incluyendo pasajes aéreos y tratamientos médicos gratuitos en el Continente, fue breve: "Eso, no tiene precio".

Encontré a Robert Lindley, corresponsal del "Financial Times", en una tarde glacial. Estaba en Ross Road, frente a la bahía, que es más grande y antigua que cualquier documento firmado por el hombre (el hombre, tan vanidoso que puede creerse dueño del mar y de las rocas). Casi adolescente había cubierto los desembarcos norteamericanos en Okinawa e Iwo Jima y llevaba un racimo de cámaras fotográficas en bandolera.

Bob era un tipo alto. Duro. Sabio. Y una tarde, hablando de literatura, y corriendo la mutua medianera con un whisky, revelé en privado parte de sus conversaciones con Ridley: "Muy positivo para argentina. Esto es caro, queda lejos y aquí no se puede invertir en nada si existe un conflicto de por medio. Habrá una salida tipo Hong Kong: bandera compartida hasta 2000 y luego soberanía para Argentina".

Pero después llegó el 2 de abril y se cumplió la enseñanza de Norman Mailer: "Arreglar un problema con la guerra es curar la sífilis en el prostíbulo". Los ingleses vinieron. Los genocidas argentinos ni siquiera propusieron

tablas. Y fue jaque mate. Se había perdido una, pero allí empezaba una nueva partida. Y todavía estamos en las primeras jugadas.

Quisiera señalar, también, la existencia de dos clases de kelpers, expresados en dos personas con las cuales charlé extensamente. Uno es Desmond King, propietario del "Upland Gosse" (el hotel con pub de Puerto Argentino). Recuerdo su mirada aguda y sus mejillas curtidas. Hablábamos de los militares argentinos y de la cultura de las islas. Pero así como el jerez amontillado pide cierto tiempo para ser noble, también un odio importante requiere larga fermentación. Y una noche King bebió unas copas de jerez y dijo: "No entiendo a un país que eligió ser una basura y que rechazó nuestra colonización".

Al final comprendí que había una razón para que sus ojos tuvieran una mirada fanática. Era un fanático.

El otro extremo es Yolanda Bertrand de Janieson, nacida en Puerto Argentino. Y luego radicada en Rio Gallegos. Yolanda es cuarta generación Bertrand en Malvinas. Y esto

es parte de lo que me dijo una tarde: "Soy argentina e inglesa. Pero quiero sobre todo a Malvinas. Gran Bretaña se apropió de las islas indebidamente en 1833, en una época en que tomaba territorios donde pudiese".

Esta típica mujer de la Isla Soledad (piel blanquísima y mejillas rojas), en 1987 viajó a Nueva York. Se presentó en las Naciones Unidas y dijo que las islas son argentinas.

Hoy está orgullosa de lo que hizo, pero lo está pagando: "Quiero volver a Malvinas", se lamenta, "Allí está la tumba de mi padre que, sobre la cruz, tiene el timón de su goleta. Quiero visitar a mi familia, pero los kelpers duros no nos quieren".

**MILITARIZACIÓN DEL ATLÁNTICO.** Es obvio que el mar austral fue militarizado antes de la guerra de Malvinas. Los aprestos entre Argentina y Chile, en 1978, atrincheraron en la zona cuanto armamento tenían ambos países. Y se recuerda que, en 1958, los almirantes Isaac Rojas y Jacobo Neuman (Chile), jugaron a la batalla naval (e hicieron tabletear sus ametralladoras) en el Islote Snipe (Canal Beagle). Y pueden verse, todavía, en Puerto Almanza (Ushuaia), los cañones argentinos que apuntan hacia la chilena Puerto Williams.

Las consecuencias militares de la guerra de 1982, son más graves que una "militarización tradicional": en el Atlántico Sur combatió un submarino atómico (que hundió al Belgrano), lo que significa, ya (y desde hace 30 años!), la existencia de un campo de acciones nucleares en el Mar Argentino. Además, y por distraído que uno esté, la base en Mount Pleasant, bastión bélico de la zona, convirtió a la Antártida (núcleo geopolítico del Atlántico Sur), en un probable teatro de operaciones militares.

Resultado de la guerra es que Gran Bretaña, de hecho y por la fuerza, es hoy, en el Atlántico Sur, país limítrofe de la Argentina. Y también los es de Chile, que luego del tratado por el Beagle pasó a ser el cuarto país sudamericano del Atlántico Sur.

Navegando más allá del Estrecho Le Maire (frente al Cabo Buen Suceso, en Tierra del Fuego), se advierte, además, que el extremo del Atlántico Sur es ya un lugar de

En la avenida costanera,  
hay un monumento con  
un letrero: "100 años de  
posesión de las islas".



## CLASES MAGISTRALES

crisis ecológica en el que, por exceso de pesca en Malvinas, peligran varias especies marinas, como la merluza polaca austral.

En lo que respecta al apoyo popular que tuvo la dictadura militar en su desembarco, además de la responsabilidad de algunos medios, se debe agregar otra. En un seminario realizado entre estudiosos de Argentina e Inglaterra (compilado por Atilio Borón y Julio Faúndes, Puntosur, 1989), se dijo lo siguiente. "Después de una investigación respecto de los libros de texto de geografía, usados en la enseñanza primaria y secundaria, utilizados en nuestras escuelas entre 1879 y 1986", surge claramente que "conducen a un nacionalismo patológico" (conceptos de Carlos Escudé, actualmente nacionalista).

**LAS ISLAS DE NADIE.** En 1978 Argentina y Chile estuvieron al borde de la guerra. En la Navidad de aquel año un documento de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), circulaba por las redacciones asegurando que "las dos naciones tienen un frente interno sólido, que les permitiría empezar una guerra con fuertes bajas". Chile hará su autocritica, pero lo cierto es que por aquí la cuestión del Beagle se tomó con liviandad.

Juan Perón, que siempre bregó por la unidad con el país hermano, declaró a la revista chilena "Zigzag" (18.6.1948): "He estado en las islas del Beagle. Pongamos dinamita a

esos peñascos sin valor ni importancia". Y Raúl Alfonsín, gestor de la paz, le señaló al diario "El Mercurio" (abril, 1983): "Las islas están dentro del Beagle" (pero la tesis argentina era que estaban afuera, hecho fácil de comprobar mirando un mapa).

En diciembre de 2001, quien escribe recorrió el Canal Beagle enviado por el suplemento dominical de varios diarios argentinos ("Revista Nueva", 6.1.2002). Lo hicimos antes que ningún otro medio nacional. Y el primer asombro fue que nadie, en ninguno de los dos países, tenía una foto de las islas. Nadie las había visto. Nadie sabía que utilidad podían tener. Ningún argentino había estado ahí desde 1881. O sea: íbamos a morir por algo absolutamente desconocido...

Salimos desde Puerto Harberton (Tierra del Fuego) y, luego de un día de navegación, vimos que "los peñascos" eran grandes islas, con bosques de cascadas y lagos de agua dulce. Llegamos hasta la Picton y detuvimos la nave frente al muelle, detrás del cual vimos casitas de madera. Desde el mar (regía una prohibición para navegar por la zona), charlamos a los gritos con un hombre que estaba en tierra.

Respondió amistosamente a las preguntas y contó que, en 1971, unas personas de la Corte Internacional de La Haya, visitaron el lugar y preguntaron a los isleños dón-

## CLASES MAGISTRALES

de habían nacido. Todos respondieron que en Chile. Y la suerte quedó echada para la Argentina, cuya consulta popular logró el bienaventurado Tratado de Paz y Amistad en noviembre de 1984.

Cuatro meses después, para cerrar la situación con Chile, viajé a Punta Arenas. Estaba la frase de Margaret Thatcher ("Bajo las ordenes de Pinochet, Chile nos dio una invaluable asistencia...", 6.10.99). Pero también el hecho de que un helicóptero inglés hubiera caído en esa ciudad del Estrecho de Magallanes (20.5.1982), ponía como acicate un doloroso interrogante.

Me presenté en el diario "La prensa austral" (8 mil ejemplares) y formulé la pregunta a varios periodistas: "¿Por qué Chile ayudó a los ingleses?". En primer lugar contestaron que sienten verdadero cariño por el pueblo argentino (esta amistad es más profunda cuanto más al sur de Argentina y Chile uno esté, y mucho menor en el Norte). Me ofrecieron el archivo del diario y sirvieron café. Estuve horas leyendo. Vi revistas argentinas con fotos falsas del "Hermes" en llamas, los famosos títulos "Estamos ganando" y, varios artículos

chilenos lamentando la muerte de "soldaditos argentinos de 18 años de edad".

Los periodistas convocaron enseguida a uno de los historiadores más prestigiosos de Chile, Mateo Martinic Beros, con quien nos reunimos al día siguiente. Y que dijo, entre otras cosas: "Argentina y Chile son hermanos siameses.

Pero en 1978 estuvimos a punto de ir a una guerra. Y en 1982 eso pesaba, todavía. Los militares argentinos decían que primero ajustarian cuentas con los ingleses y luego con Chile. Para el pueblo chileno, las Malvinas son argentinas. Y en cuanto al helicóptero inglés que cayó cerca de aquí, le aseguro que nosotros, los civiles, nunca supimos demasiado al respecto".

**REPUBLICA DE LOS HIELOS.** Siempre recorro al mismo ejemplo. En la Constelación del Cisne una estrella veloz no deja escapar la luz: brilla por dentro y es invisible desde afuera. Pero, a 1100 km de Ushuaia, hay un continente, la Antártica, donde el asombro no es menor: hay zonas de luz sin sombras, que ocultan abismos y estallidos de auroras australes. Todo es Norte. Nada es Sur.

"Arreglar un problema con la guerra es curar la sífilis en el prostíbulo", enseñó Norman Mailer.



En 1973 un avión argentino salió de Australia el 9 de diciembre a las 23.54 y, por el huso horario, llegó a Río Gallegos el mismo día a las 23.43... 11 minutos antes de haber partido.

El general argentino Jorge Leal, que en 1965 llegó hasta el Polo Sur en la primera expedición argentina, me dijo un día: "Si Gran Bretaña y sus aliados quieren volver a ser el Gran Imperio, no hay dudas de que lo harán desde la Antártica". En ese sentido, cualquiera puede pensar que, Malvinas, además de sus riquezas, es el portaaviones ideal para la conquista del continente blanco. Y hay un dato imprescindible de recordar: El Atlántico Sur tiene tres costas, Sudamérica, África y Antártida

Visité la Antártida en dos oportunidades: 1984 y 2000 (esa vez con otros periodistas que acompañaban a León Gieco). En ella convergen todas las paradojas de la creación: tres mil variedades de mariscos, agua dulce para toda la humanidad, focas y ballenas extinguidas en otros mares. Y en base a informes realizados por Japón, se cree que el petróleo, en dos de sus tres cuencas probables, significa una reserva cinco veces mayor que la de EE.UU.

El Tratado Antártico prohíbe que circule dinero en el lugar más rico del planeta. Y están prohibidas las armas y los ejércitos. La Argentina recurre al suyo porque es su única organización en condiciones de maniobrar en el desierto helado. Pero, especialmente hacia el exterior, menciona sus bases sin mencionar el grado militar: sólo dice San Martín, Belgrano, Marambio, etc.

Argentina reclama 5.029.230 km<sup>2</sup> (sólo una cuarta parte es tierra firme). Y el sector que reivindica es también reclamado por Gran Bretaña y Chile. Pero, desde 1971, el continente es gobernado por el Tratado Antártico.

Antiguos textos escolares atribuían a la Argentina un territorio general de 2.800.000 km<sup>2</sup>. Pero en 1946 pasaron a ser 4.000.000. Responsable del crecimiento inesperado, fue el decreto 8944, que prohibió los mapas sin el sector antártico. En 1998 consulté a Carlos Escudé sobre el tema. Y esto aseguró: "La Antártida Argentina no existe. La imagen de un imperio argentino de ese tamaño, da placer. Pero es patológica". Las palabras del investigador (si no cambió de tesis) merecen una gran discusión, pero en un espacio que excedería cualquier artículo periodístico.

Quien haya recorrido Patagonia y las islas del Atlántico Sur ha visto lugares hermosos. Pero sabe que uno de los más bellos es la Isla de los Estados, frente a Tierra del Fuego, cruzando el terrible Estrecho de Le Maire (histórico lugar de naufragios). Tiene 520 km<sup>2</sup> de superficie, 65 km. de largo y 500 ms. en su parte más angosta.

Hay fiordos de un mar transparente por el que se va caminar a las centollas, 120 lagos de agua dulce y la habitan cientos de ciervos y de cabras. Estallan por todas partes frutillas salvajes, calafates de color violeta y crecen guindos florecidos y helechos.

Los nativos del Canal Beagle la llamaban "Chuanisin" (lugar donde hay comida). Y es así. Con el escritor Anibal Ford nos quedamos varados, en un monte de la isla, en 1999. Y el marino que nos guiaba, preparó un almuerzo en instantes: cholgas asadas, apio salvaje y frutitas del bosque (que saben a cereza).

Pero en la Isla de los Estados, a pesar de que es absolutamente argentina (¿o tal vez por eso?), hay muy poco, sólo un pequeño destacamento en Puerto Parry y un muelle único para toda la isla. Nuestro país, que bien hace en reclamar las Malvinas que nos pertenecen, poco se interesa, en cambio, por la maravillosa Isla del Atlántico Sur.

**HIDROFOBIA ARGENTINA.** La hipótesis de esta nota es que, la construcción de un país agropecuario, llevó desde un principio a que la Argentina ignorase una costa de 940 mil km<sup>2</sup>. La consecuencia directa del error, es que muchos imaginan que el mar argentino es la pampa.

El criollo no se lleva con la fascinación de las mareas y prefiere la supuesta seguridad de la tierra firme. Pero existe una ley oceánica: el que no navega ni cuida su mar, termina perdiendo las costas y las islas. Es todo lo contrario de lo que, por razones de necesidad, hace Chile. En un solo poema de cualquier chileno (Pablo Neruda o los hermanos Parra), hay más presencia del mar que en todas las obras de José Hernández, Ricardo Güiraldes o Hilario Ascasubi.

Alguna vez realicé consultas al respecto y obtuve estos resultados, entre otros coincidentes: "El argentino es mediterráneo" (Felix Luna), "La pampa es el eje exclusivo de la literatura nacional" (Beatriz Sarlo), "El argentino no ve el mar porque mira para adentro y es depredador" (Adriana Puiggrós).

Hay cierta insistencia de los argentinos en ignorar también los ríos, los arroyos, las lluvias y el agua en general. Quienes edificaron Buenos Aires entubaron arroyos, crearon riachuelos infecciosos, taponaron costas y usaron cursos de agua como basurales.

Y si caen unas gotas todo es un caos. Nuestros antecesores omitieron un detalle: a veces llueve.

Los que han cubierto las inundaciones en la ciudad autónoma, Corrientes, Santa Fé o Chaco, han visto una imagen: gente subida a los techos, rodeada por bomberos que no van a tirar agua sino a sacarla, y carteles de los damnificados pidiendo algo paradójico: "Necesitamos agua".

Todo el tiempo, en algún lado, el agua sube o la Argentina baja. Nuestros héroes navales (con excepciones honrosas como Luis Piedrabuena), fueron anglosajones (Guillermo Brown, Thomas Alexander Cochrane). O Hipólito Bouchard, que era francés.

Agua en botellitas para la Difunta Correa, que murió de sed. Agua de las enfermedades (cólera, hepatitis, fiebre tifoidea, etc.). Agua que rodea las islas de finis terrae, con enclaves nucleares y tumbas desoladas en los páramos del agua helada.

Agua naval argentina de los marinos que torturaban en la ESMA y fusilaban en Trelew. Agua de militares que en una isla, rodeados por el mar, plantearon una defensa terrestre, con tanques que se quedaban atrancados en la turba. Agua de la Argentina, cuyos marinos más famosos del siglo XX son Rojas, Massera y Astiz.

Esta es la hipótesis: si la Argentina quiere ser rica y soberana deberá hacerse al mar, quebrar mástiles, partir timones, vivir la aurora antártica, y negociar allí, donde todo espera para ser hecho o para ser irremediadamente perdido. ●

\* PERIODISTA y escritor.

## Las islas Malvinas son el portaaviones ideal para la conquista del continente blanco.



En 1973 un avión argentino salió de Australia el 9 de diciembre a las 23.54 y, por el huso horario, llegó a Río Gallegos el mismo día a las 23.43... 11 minutos antes de haber partido.

El general argentino Jorge Leal, que en 1965 llegó hasta el Polo Sur en la primera expedición argentina, me dijo un día: "Si Gran Bretaña y sus aliados quieren volver a ser el Gran Imperio, no hay dudas de que lo harán desde la Antártica". En ese sentido, cualquiera puede pensar que, Malvinas, además de sus riquezas, es el portaaviones ideal para la conquista del continente blanco. Y hay un dato imprescindible de recordar: El Atlántico Sur tiene tres costas, Sudamérica, África y Antártida

Visité la Antártida en dos oportunidades: 1984 y 2000 (esa vez con otros periodistas que acompañaban a León Gieco). En ella convergen todas las paradojas de la creación: tres mil variedades de mariscos, agua dulce para toda la humanidad, focas y ballenas extinguidas en otros mares. Y en base a informes realizados por Japón, se cree que el petróleo, en dos de sus tres cuencas probables, significa una reserva cinco veces mayor que la de EE.UU.

El Tratado Antártico prohíbe que circule dinero en el lugar más rico del planeta. Y están prohibidas las armas y los ejércitos. La Argentina recurre al suyo porque es su única organización en condiciones de maniobrar en el desierto helado. Pero, especialmente hacia el exterior, menciona sus bases sin mencionar el grado militar: sólo dice San Martín, Belgrano, Marambio, etc.

Argentina reclama 5.029.230 km<sup>2</sup> (sólo una cuarta parte es tierra firme). Y el sector que reivindica es también reclamado por Gran Bretaña y Chile. Pero, desde 1971, el continente es gobernado por el Tratado Antártico.

Antiguos textos escolares atribuían a la Argentina un territorio general de 2.800.000 km<sup>2</sup>. Pero en 1946 pasaron a ser 4.000.000. Responsable del crecimiento inesperado, fue el decreto 8944, que prohibió los mapas sin el sector antártico. En 1998 consulté a Carlos Escudé sobre el tema. Y esto aseguró: "La Antártida Argentina no existe. La imagen de un imperio argentino de ese tamaño, da placer. Pero es patológica". Las palabras del investigador (si no cambió de tesis) merecen una gran discusión, pero en un espacio que excedería cualquier artículo periodístico.

Quien haya recorrido Patagonia y las islas del Atlántico Sur ha visto lugares hermosos. Pero sabe que uno de los más bellos es la Isla de los Estados, frente a Tierra del Fuego, cruzando el terrible Estrecho de Le Maire (histórico lugar de naufragios). Tiene 520 km<sup>2</sup> de superficie, 65 km. de largo y 500 ms. en su parte más angosta.

Hay fiordos de un mar transparente por el que se va caminar a las centollas, 120 lagos de agua dulce y la habitan cientos de ciervos y de cabras. Estallan por todas partes frutillas salvajes, calafates de color violeta y crecen guindos florecidos y helechos.

Los nativos del Canal Beagle la llamaban "Chuanisin" (lugar donde hay comida). Y es así. Con el escritor Anibal Ford nos quedamos varados, en un monte de la isla, en 1999. Y el marino que nos guiaba, preparó un almuerzo en instantes: cholgas asadas, apio salvaje y frutitas del bosque (que saben a cereza).

Pero en la Isla de los Estados, a pesar de que es absolutamente argentina (¿o tal vez por eso?), hay muy poco, sólo un pequeño destacamento en Puerto Parry y un muelle único para toda la isla. Nuestro país, que bien hace en reclamar las Malvinas que nos pertenecen, poco se interesa, en cambio, por la maravillosa Isla del Atlántico Sur.

**HIDROFOBIA ARGENTINA.** La hipótesis de esta nota es que, la construcción de un país agropecuario, llevó desde un principio a que la Argentina ignorase una costa de 940 mil km<sup>2</sup>. La consecuencia directa del error, es que muchos imaginan que el mar argentino es la pampa.

El criollo no se lleva con la fascinación de las mareas y prefiere la supuesta seguridad de la tierra firme. Pero existe una ley oceánica: el que no navega ni cuida su mar, termina perdiendo las costas y las islas. Es todo lo contrario de lo que, por razones de necesidad, hace Chile. En un solo poema de cualquier chileno (Pablo Neruda o los hermanos Parra), hay más presencia del mar que en todas las obras

de José Hernández, Ricardo Güiraldes o Hilario Ascasubi.

Alguna vez realicé consultas al respecto y obtuve estos resultados, entre otros coincidentes: "El argentino es mediterráneo" (Felix Luna), "La pampa es el eje exclusivo de la literatura nacional" (Beatriz Sarlo), "El argentino no ve el mar porque mira para adentro y es depredador" (Adriana Puiggrós).

Hay cierta insistencia de los argentinos en ignorar también los ríos, los arroyos, las lluvias y el agua en general. Quienes edificaron Buenos Aires entubaron arroyos, crearon riachuelos infecciosos, taponaron costas y usaron cursos de agua como basurales.

Y si caen unas gotas todo es un caos. Nuestros antecesores omitieron un detalle: a veces llueve.

Los que han cubierto las inundaciones en la ciudad autónoma, Corrientes, Santa Fé o Chaco, han visto una imagen: gente subida a los techos, rodeada por bomberos que no van a tirar agua sino a sacarla, y carteles de los damnificados pidiendo algo paradójico: "Necesitamos agua".

Todo el tiempo, en algún lado, el agua sube o la Argentina baja. Nuestros héroes navales (con excepciones honrosas como Luis Piedrabuena), fueron anglosajones (Guillermo Brown, Thomas Alexander Cochrane). O Hipólito Bouchard, que era francés.

Agua en botellitas para la Difunta Correa, que murió de sed. Agua de las enfermedades (cólera, hepatitis, fiebre tifoidea, etc.). Agua que rodea las islas de finis terrae, con enclaves nucleares y tumbas desoladas en los páramos del agua helada.

Agua naval argentina de los marinos que torturaban en la ESMA y fusilaban en Trelew. Agua de militares que en una isla, rodeados por el mar, plantearon una defensa terrestre, con tanques que se quedaban atrancados en la turba. Agua de la Argentina, cuyos marinos más famosos del siglo XX son Rojas, Massera y Astiz.

Esta es la hipótesis: si la Argentina quiere ser rica y soberana deberá hacerse al mar, quebrar mástiles, partir timones, vivir la aurora antártica, y negociar allí, donde todo espera para ser hecho o para ser irremediamente perdido.

\* PERIODISTA y escritor.

## Las islas Malvinas son el portaaviones ideal para la conquista del continente blanco.